Introducción[1]

El período que denominamos «clásico» con referencia al mundo antiguo suele designar el siglo V[2] en Atenas y el siglo I en Roma. En este tiempo modélico, una suerte de «edad de oro» de la historia de Occidente, reconocemos un origen prestigioso de nuestra propia cultura. Entonces es cuando se producen obras imperecederas en el arte y la literatura, desde la Atenea de Fidias y el *Edipo Rey* de Sófocles a los frescos pompeyanos o los *Discursos* de Cicerón, fundamentales nociones políticas y filosóficas, como la democracia o la filantropía, y valores del humanismo cívico y ético que hoy sostienen las bases de nuestra civilización moderna. En el devenir histórico de la Grecia y Roma clásicas encuentran su génesis un sistema de valores éticos y conocimientos científicos, que abarcan las ciencias naturales, sociales y humanas, y un anhelo por la búsqueda de los principios de las cosas y del universo que definirán nuestro bagaje cultural en la posteridad. Es precisamente durante esta época cuando se forjan los cimientos del sistema de representación política participativa que hoy ensalzamos como la mejor forma –o la menos mala, según la conocida cita de W. Churchill– de gobernarse y convivir con otros seres humanos: la democracia ática y el republicanismo romano, con todas sus matizadas limitaciones e imperfecciones, representan un paradigma que se ha recuperado como inspiración en la edad moderna a partir de las revoluciones burguesas, norteamericana y

1 Este libro contiene una reedición de la *Breve historia política de la Grecia clásica* (Escolar y Mayo, 2015), de los autores, junto con una segunda parte dedicada a Roma (Escolar y Mayo, 2017), que se presenta ahora corregida y aumentada.

2 Nótese que todas las fechas de ahora en adelante, salvo indicación *a contrario sensu*, han de entenderse antes de nuestra era.

francesa, con sus declaraciones de derechos, ordenamientos jurídicos, garantías constitucionales y énfasis en la perspectiva individual del ciudadano como base de cualquier tipo de estatalidad. No es casualidad que en estos periodos –la Grecia clásica y su adaptación y universalización en la Roma republicana– se asienten también los cánones de la estética clásica, las bases del pensamiento lógico y racional, la ética social para la convivencia y resolución de conflictos, el derecho y la justicia equitativa, los géneros literarios desde la historiografía al teatro o los principios del método científico. Es, en definitiva, el modelo de humanismo que marcará indeleblemente la civilización occidental.

«Todos somos griegos», escribió el poeta P.B. Shelley en la Inglaterra del siglo XIX, y su amigo Lord Byron declaraba a Roma «ciudad del alma». Y aun hoy, en la era de las nuevas tecnologías, podemos suscribir esta dependencia absoluta con respecto a ambos modelos de entender el mundo. De la actualidad que nos ofrece el estudio de la historia de la Grecia y la Roma clásicas y de su significado histórico se desprende precisamente la sensación inconfundible de que el mundo moderno, pese a sus incesantes avances y transformaciones, sigue basado en una idea del ciudadano que procede directamente del *polites* de la Democracia ateniense y del *civis romanus* de la República romana, de que a pesar del tiempo transcurrido, seguimos mirándonos en el espejo clásico y reconociéndonos en él sin sorpresa, con una familiaridad asombrosa. El protagonismo del individuo frente al colectivo, la razón humanista como guía para el conocimiento y la búsqueda de la verdad, la racionalidad investigadora de la historia frente al discurso mítico, la fuerza del diálogo humano para la resolución de las diferencias políticas y sociales, todo ello nos lleva a la historia política del mundo clásico, a Grecia y Roma y, de manera especial, a los sistemas participativos que engendraron estos dos pueblos de la antigüedad que tanto nos han marcado: no seríamos los mismos hoy sin la filosofía y la retórica griegas, sin el derecho y la política romanas, sin sus ideales respectivos de *paideia* y *humanitas,* sin la Atenas de Pericles y la Roma de Cicerón. El presente libro pretende ser un

recordatorio de aquel mundo memorable que es nuestro clasicismo y de sus desarrollos políticos, en la medida en que influyeron sobremanera sobre la posteridad y que, aún hoy, siguen teniendo un carácter modélico. Sirvan, pues, estas páginas a modo de ensayo introductorio y divulgativo, pero a la par riguroso, de la peripecia histórica de la Grecia y la Roma clásicas. Al redescubrimiento de su inmenso legado, que conviene siempre tener presente, queremos invitar ahora a los lectores interesados, no solo a los estudiantes de nuestras universidades, sino también, y sobre todo, a un público amplio y general, al que está dedicado este libro.

Los autores
Potsdam/Madrid
29 de abril de 2014
y 15 de junio de 2017

Post Scriptum. Como evidencian las fechas anteriores, este libro es el resultado de varios ensayos, en el sentido más puramente etimológico del término, previos y sucesivos, destinados a una comprensión más clara de la política clásica griega y romana a través de los regímenes clásicos ateniense y romano. La primera parte del libro, dedicada a Grecia, se gestó en la primera colaboración de los autores para un proyecto enciclopédico (2013) y vio la luz en solitario merced a los buenos oficios de Escolar y Mayo Editores (2015). Luego, en 2017, se le agregó una segunda parte sobre Roma, fruto de una labor divulgativa anterior. En esta revisión de 2020 se ha corregido el volumen y se ampliado con varias reflexiones destinadas, como todo el libro, a acercarse con sencillez y admiración al enorme legado de la historia política clásica.

Los autores
Eichstätt/Madrid
20 de enero de 2020

Parte I

Breve historia política de la Grecia clásica

La Democracia ateniense

Capítulo 1

El alba del clasicismo griego y de la democracia ateniense

El mundo clásico

El siglo v, enmarcado al inicio por la Revuelta Jonia (500) y en su fase final por la conclusión de la Guerra del Peloponeso (404), es la era dorada de Atenas. Durante este período –simbolizado acaso estéticamente por monumentos de enorme calidad artística como el Partenón de Atenas o las tragedias de Sófocles– se determinan para siempre las bases de la arquitectura cultural y política del mundo occidental. El enfrentamiento de las relativamente pequeñas ciudades griegas, gobernadas de manera dispar y bajo la égida de la Atenas democrática y la Esparta oligárquica, contra la descomunal autocracia persa, convertida desde el reinado de Darío en una potencia universal, ha devenido en el campo de la ideología un símbolo de la lucha por las libertades del individuo y de la racionalidad frente a las pretensiones de dominio despótico. Las consecuencias de las Guerras Médicas, la creación del imperio naval ateniense, la consolidación del sistema democrático y la encarnizada pugna que se desata posteriormente entre los más poderosos estados helenos por la hegemonía son las características políticas más destacadas de esta convulsa y fascinante época de la historia de Grecia.

En esta primera parte se tratará precisamente de exponer los factores determinantes y examinar con detalle el llamado siglo de Atenas, sus antecedentes, logros y consecuencias, en el período

que transcurre entre dos figuras emblemáticas que contribuyeron de forma significativa a su posterior renombre: Clístenes, prócer espiritual de la democracia ática, y Pericles, el gobernante cuyo nombre se ha convertido con justicia en sinónimo del esplendor de Atenas. A raíz de las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales que agitan el mundo griego, y en concreto a causa del desarrollo imparable de la *polis* ateniense a partir de los primeros decenios del siglo V, se producirá un auge cultural sin precedentes, responsable de creaciones excepcionales y modélicas en las artes, las letras y las ciencias. Atenas se erige en el principal centro de recepción y difusión del saber helénico, cuyos máximos representantes no son exclusivamente atenienses, sino personajes procedentes de todos los confines de la Hélade.

Las realizaciones de la arquitectura y las artes plásticas convierten en poco tiempo la Acrópolis de Atenas en un excepcional conjunto monumental, reflejo propagandístico del sistema de valores democráticos: Ictino y Calícrates construyen el Partenón (447-438), que será adornado por Fidias con una magnífica estatua de la diosa Atenea *Parthenos*. Poco después se erigen los Propíleos (437-432), el Erecteo (408) y el templo de Nike (406). En las artes escénicas sobresalen Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. En la filosofía y la retórica aparecen los sofistas, maestros del debate público y de la teoría política, los primeros pedagogos de la historia occidental. Frente a las explicaciones tradicionales de la religión y el mito (*mythos*), la civilización griega progresa apoyada en un *logos* objetivo (razón, razonamiento, palabra coherente, cálculo, texto escrito, etc.) o «común», en palabras de Heráclito. La razón griega avanza sobre la base del lenguaje y el diálogo, del que era gran maestro el ateniense Sócrates, y también del pensamiento abstracto, que se constata, por ejemplo, en la pasión por las matemáticas, la física, la metafísica y la geometría, partes integrales de la escuela pitagórica y posteriormente de la Academia platónica.

Una figura muy polémica de la intelectualidad ateniense de esta época fue, sin duda alguna, el gran filósofo Sócrates, maestro

de la dialéctica que, a través de sus insistentes preguntas sobre el ser y la virtud, suscitará la pasión por la dialéctica argumentativa y el debate filosófico, pero también la incomprensión de la mayoría de sus conciudadanos, que a la postre le llevará a su célebre condena a muerte (399). Sobre su controvertida personalidad y su quehacer nos informan sus discípulos Platón y Jenofonte, que han dejado una semblanza impresionante del gran pensador ateniense: el primero y más famoso de sus alumnos, Platón, cambiará para siempre, con su versión de Sócrates y de su método dialéctico, la historia de la filosofía de occidente. Según una conocida cita de Whitehead, toda la filosofía posterior no son sino notas a pie de página a Platón.

También refleja Platón, desde su escepticismo hacia el sistema político ateniense –que comparte con el otro discípulo de Sócrates, Jenofonte–, el profundo debate ideológico que se genera en la Atenas de esta época. El discurso político promovido primero por los sofistas y ubicado luego en las distintas escuelas filosóficas (Isócrates, Platón, Aristóteles) tratará de diseñar las bases del estado ideal y no ahorrará críticas a los diferentes sistemas gubernamentales, especialmente a la democracia. En este ambiente intelectual se genera la teoría política, la discusión sobre la constitución idónea, las ideas sobre el gobierno de la ciudad (*polis*) y la validez del sistema de valores ciudadanos.

A la vez, el siglo de Atenas, gracias a esta nueva toma de conciencia del presente, ve nacer el género de la historiografía merced al ímpetu investigador de Heródoto de Halicarnaso, cronista de las Guerras Médicas, que se implica profundamente en los debates políticos que se producen en su entorno ateniense. El «Padre de la Historia», como lo denominará Cicerón, inaugura la pasión por el análisis sistemático del pasado como registro de modelos de actuación capaces de influir en el presente y en el futuro. La capacidad crítica de su sucesor Tucídides, el autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, que establecerá un nuevo punto de convergencia con respecto a las exigencias metodológicas del historiador, pasará a ser una referencia ineludible en la posteridad. Jenofonte, el últi-

mo miembro de la terna de historiadores clásicos, cierra la perspectiva sobre este siglo con sus agudos comentarios históricos en las *Helénicas* y sus relatos de acento épico acerca de los últimos años de la Guerra del Peloponeso, cuando ya es palpable la decadencia política de Atenas.

El vocabulario cultural, político y científico de nuestra civilización es un fiel heredero de esta época dorada de la historia de Europa, lo que se constata en los muchos helenismos del español y de otras lenguas modernas que pueblan los más diversos ámbitos semánticos de la política, las artes, las ciencias y la religión. Los usos de muchas de estas palabras griegas –como la propia «democracia»– atestiguan no solo el enorme legado clásico, sino también la transformación de este concepto a lo largo de los siglos y la reflexión sobre la derivación de su significado con respecto a su valor original. Si la democracia antigua surgió en una *polis* muy distinta de nuestros actuales modelos de vida y de estado, la antigua *paideia* griega –a la vez, educación integral y cultura de índole humanística y amplios horizontes– difiere también radicalmente de la educación actual, centrada en la especialización.

Democracia y cultura, en fin, se amalgaman inseparablemente diseñando nuevos espacios intelectuales, multiplicando su respectivo campo de acción y generando precedentes que alcanzarán una permanencia secular. De todos los sucesos de la historia de la Grecia clásica, la implantación del sistema democrático en Atenas es, sin duda alguna, el que más impacto ha tenido y el que mayor interés viene suscitando desde la antigüedad hasta nuestros días. El legado de la Grecia clásica forma aún parte de nuestro mundo cotidiano e intelectual y ha sido transformado y adaptado en cada época, en reinterpretaciones muy diversas, lo cual es prueba de su vigencia indiscutible: también la propia actitud crítica ante el pasado representa ya por sí misma una herencia griega. La búsqueda constante de la verdad (*aletheia*) fue un anhelo incesante para los griegos de la época clásica en lo que supone uno de los mayores desarrollos espirituales de la humanidad.

Orígenes de las instituciones atenienses

Ya en la antigüedad existía división de opiniones a la hora de atribuir la paternidad de la constitución democrática ateniense. Para unos, fue Solón (c. 638-558) el gran impulsor del sistema, pues se veía en él al creador de un entramado timocrático que, al basar la representación social y el ejercicio del poder en elementos materiales, contribuyó a quebrantar el monopolio de la aristocracia de nacimiento. Así se preludiaba la apertura de la *polis* a todos aquellos sectores sociales que, por su situación económica y sus capacidades personales, eran susceptibles de intervenir en la gestión de los asuntos públicos. Sus iniciativas legislativas contribuyeron en gran manera a unificar una ciudadanía en crisis, fortaleciendo sus vínculos de identidad. A través de la plataforma constitucional consensuada que implantó el legendario estadista ateniense se generó un eficaz organismo político abierto a corrientes reformistas y, al mismo tiempo, capaz de integrar a la aristocracia, el grupo social que seguía marcando la pauta en el sistema de responsabilidad colectiva. La historia del surgimiento de la democracia ateniense supone un largo camino jalonado de iniciativas políticas, económicas y sociales que trataron de solventar las profundas tensiones internas que azotaban a casi todas las ciudades griegas desde el siglo VI y cuyas etapas principales se remontan a las pioneras medidas constitucionales de este legendario sabio y legislador Solón. Paradójicamente, los fundamentos de las ideas de libertad se fraguaron en época del tirano Pisístrato y sus hijos y, su culminación, en la de Clístenes. Veamos brevemente las dos etapas previas antes de tratar las reformas de Clístenes en detalle.

En el proceso de formación de la *polis* clásica, el equilibrio social se vio a menudo alterado por convulsiones económicas relacionadas con la redistribución de la tierra y por las desigualdades entre los miembros de la misma comunidad. También incide en este proceso el anhelo de participación política de nuevas clases sociales y grupos de presión económica que se enriquecen por el comercio de ultramar y que invierten sus ganancias en propiedades

de tierras. Como respuesta para aliviar estos conflictos internos, que se dan en la mayoría de las ciudades helenas, se pone en práctica una serie de medidas que pueden llegar desde la sustitución violenta de los estados aristocráticos u oligárquicos por tiranías hasta el exilio masivo de sectores de la sociedad, hecho que constituye un fenómeno tan significativo en el Mediterráneo antiguo como la colonización en busca de nuevos asentamientos.

En Atenas la agitación social presentaba un trasfondo, por así decir, triangular, cuyo primer vértice tenía como tema principal una fuerte competitividad por la posesión de la tierra y por la representación de la ciudadanía en las magistraturas. Un segundo aspecto era la rivalidad entre las nuevas clases urbanas y las clases rurales, y el tercero lo representaban los arraigados conflictos entre familias aristocráticas, los Eupátridas, que dominaban el panorama político. Estas tensiones sociales llevaron a un primer intento de reforma con el nombramiento, a principios del siglo VI, de Solón como legislador (*nomothetes*) y mediador (*diallaktés*) entre los diversos grupos enfrentados. La figura de Solón, que aunaba la sabiduría política y la poética tradicional con una actitud ética imparcial, pues era a la vez autor lírico y uno de los célebres siete sabios de Grecia, supuso un primer intento de atender las reclamaciones de las clases populares y enriquecidas, preservando a la vez ciertos privilegios de los nobles. Se trataba de evitar la dañina *stasis*, la confrontación social y ciudadana que podría derivar en una guerra civil.

La constitución timocrática de Solón implicaba reformas socioeconómicas y constitucionales. En cuanto a las primeras, Solón dividió a los ciudadanos en cuatro estratos productivos según su propiedad y renta y centró la reordenación de la justicia social en una cancelación de las deudas, la llamada *seisachtheia*, que supuso un alivio económico inmediato para el sector de población más oprimido del Ática, disminuyendo la presión fiscal y judicial y aboliendo la esclavitud por deudas. En segundo lugar, reformó la estructura de las magistraturas del estado, que debían dar cuenta de su gestión a la Asamblea de los ciudadanos (*ekklesía*) en la